



*Lommelweis*

## EL GRANDIOSO DESCUBRIMIENTO Y LA VIDA TRAGICA DE SEMMELEWEIS \*

Por el Dr. EVERARDO LANDA,  
académico de número

Las primeras noticias formales que conciernen al conocimiento sobre la *etiología séptica* y la *profilaxis de la fiebre puerperal* datan de 1847: veinte años antes de que Lister iniciara la antisepsia en el tratamiento de las heridas, y treinta y dos de que Pasteur hubiera demostrado la acción del agente patógeno en las infecciones; aunque acerca del punto no sean raras las contradicciones impresas en libros diversos, como adelante se dirá. Más puede asegurarse que en dicho año se adquirió formal noticia de los trabajos de Semmelweis, dado que así lo afirma un contemporáneo, interesado con los estudios del médico húngaro, en su clásica Historia de la Obstetricia, obra que rara vez se menciona en nuestros días. Me refiero a Eduardo Gaspar Santiago de Siebold, nativo de Wurzburg. En la página 255 del volumen tercero de la traducción francesa, que se publicó en París en 1892, se lee lo siguiente: "Fue este pensamiento el que, desde a mediar el mes de mayo de 1847, lo condujo a instalar, en la clínica, lociones de cloro líquido, que poco tiempo después se reemplazó con solución de cloruro de cal." Y respecto al pensamiento a que se alude, lo que aparece en las subsecuentes líneas: "Admitiendo que estos elementos pútridos, puestos en contacto con el órgano vivo, producen un trabajo de descomposición, lo cual era conocido, pensó en la necesidad de destruir esos elementos en la mano exploradora, de donde la posibilidad de impedir la aparición de la enfermedad en las paridas."

---

\* Leído en la sesión del 4 de junio de 1947, dedicada a celebrar el centenario del descubrimiento de Semmelweis.

Entrambas citas demuestran que Semmelweis, si de fundar la causa en un factor de "descomposición", caía en lo cierto, dejaba también establecida la profilaxis consiguiente. Sus publicaciones preliminares fueron varias; pero el libro definitivo, aparecido tras enormes vicisitudes, en 1861, llevaba título alemán: *Die Actiologie, der Begriff und Prophylaxie des Kindbetterfiebers*, que en castellano equivale a "La etiología, el concepto y la profilaxis de la fiebre puerperal".

Es inútil decir ahora —mas no lo fué en pretéritos años— que la fiebre es consecuencia de infecciones que sobrevienen en cierta *herida especial*; infecciones que derivan de invasión y pululación de gérmenes séptico-patógenos. Tal proposición, de carácter universal, está sancionada por larga experiencia; y resultaría, por lo mismo, casi innecesario, repetir el enunciado, si no fuera porque la conquista del conocimiento respectivo se debe a series no interrumpidas de graves controversias y estudios, que desde el inicio del descubrimiento, conmovieron hasta lo trágico la vida de Semmelweis.

La doctrina del observador eminentísimo puede resumirse en esta forma: "*hay que atribuir la fiebre puerperal a un contagio por la exploración interna de las parturientas cuando, mediante la misma, se transmiten substancias orgánicas animales en descomposición*". Nos limitaremos actualmente —dice P. Zweifel en Döderlein— "a sustituir la expresión empleada por Semmelweis de "substancias orgánicas animales en descomposición", por la de "bacterias patógenas", y la ley fundamental sigue siendo completamente apropiada.

El trascendental acaecimiento de hace un siglo es el que hoy, congregados en el recinto generoso de la Academia Nacional de Medicina de México, venimos a conmemorar devotamente; a la vez que, movidos por el recuerdo de aquellos hechos preparatorios del progreso consecutivo, concretaremos el siglo de trabajos en los términos siguientes: desde las *creencias* (que no hipótesis siquiera) y los prejuicios acerca del misterioso "genio epidémico" y el "miasma" imponderable, hasta el fenómeno *positivo* que se refiere a la pululación de estreptococos y gérmenes diversos; y tocante a profilaxis y tratamiento, a partir del cloruro de cal, de Semmelweis (restablecido por Dakin en nuestra época), hasta las ventajas de la autoclave y de la penicilina de Fleming, el acervo de investigaciones está acumulado en bibliotecas de todas las lenguas principales que se hablan en la tierra. Una sucesión de hechos conexos; la conquista de un *orden* en escala de relaciones filosóficas. Porque, decía Augusto Comte: "El pro-

greso no es sino el desarrollo del orden correspondiente". Y tengamos presente que la Medicina, como ciencia biológica, es mudable por naturaleza y necesidad, y requiere constante renovación.

Más antes de proseguir en este acto de recordación ingente, deseo se permita exponer en la pantalla, a fin de rendir homenaje con aplauso entusiástico, que solicito atentamente de mi selecto auditorio, al sabio húngaro, el retrato del gran Semmelweis.

---

Las referencias más antiguas acerca de la fiebre puerperal aparecen —excusado sería decirlo— en los escritos de Hipócrates. La designación de la dolencia como "fiebre puerperal" se atribuye al anatomista Willis, en 1682, que le otorgó el nombre de *febris puerperarum*. Igualmente se dice: que fué Strohter quien adoptó en 1718 el nombre del padecimiento.

La naturaleza de esta fiebre, aunque la idea clara sobre *sepsis* no ocupaba el pensamiento de los clínicos antiguos, sugirió a Mauriceau y Lamothe la información de cierta epidemia del Hôtel Dieu en 1664; y posteriormente, en distintas escuelas se propugnaba la explicación tocante al origen y naturaleza de aquellas epidemias que invadían las maternidades de antaño, allí donde los factores infectivos se multiplicaban hasta determinar verdaderas catástrofes humanas.

Con Hipócrates y Galeno se admitía, y no cual efecto sino al contrario, como causa, la *retención de loquios*; otros, con Michaëlis, Sydenham, Mauriceau, Smellie, invocaron la descomposición de los productos placentarios, retenidos en el útero, la cual daba origen a venenos que a su vez se trasladaban a la sangre; y algunos más, en fin, discípulos de Levret y Broussais, sostuvieron que la fiebre se debía a *metástasis lechosas*, aparecidas cuando sobreviene la congestión mamaria; metástasis que se localizan en sitios como el útero, el peritoneo o las venas de los miembros inferiores. La designación vulgar en México, de la *flegmatia alba dolens*, es "derrame de leche".

Por lo que corresponde a observaciones clínicas, los médicos de la antigüedad remota conocían la "fiebre de las paridas". Hipócrates y Galeno mencionan los calosfríos y el timpanismo abdominal; el mismo Galeno y el árabe Avicena cuentan con las alteraciones de los loquios y hacen hincapié en la gravedad de este accidente; y el afamado Ambrosio Paré asemejaba las púerperas con heridas que pueden adolecer de sinnúmero de complicaciones. Sabido es que las descripciones que hacían los anti-

guos clínicos están de acuerdo, en lo esencial, con el conocimiento de los hechos que a nuestra vista ocurren ahora. Suele afirmarse que los clínicos de lo pasado superaban a los actuales. No divaguemos: los grandes médicos de antaño eran sagaces observadores de los síntomas; pero los contemporáneos nuestros disponen de una feliz propedéutica, por aquellos tiempos ni sospechada tan siquiera. Léase, por ejemplo, a Hipócrates, y quienquiera se persuadirá de la sutileza de notable observador que caracterizaba al Padre de la Medicina. Para demostrarlo, resumiremos un caso que se relata en el libro tercero de las epidemias, y es como sigue: una mujer de diecisiete años que vivía en *Mendacium foro*, primigrávida, pasó por un parto prolongado. Le sobrevino fiebre fortísima, mucha sed y congoja en el estómago; se le puso seca la lengua, el vientre suelto y no dormía. Poco después, frío con temblor generalizado y calentura aguda, y sudores helados. Al séptimo día continuaban el frío y el temblor, la sed y la fuerte calentura; el frío la atacaba hasta dos y tres veces diariamente; estaba delirante y al octavo de los días volvió en calor y estuvo soporosa; vomitó humores biliosos; sufrió por la noche incontinencia de orina; al undécimo día vomitó en verde y amarillo; los extremos se pusieron fríos y siguió con el temblor general; vomitaba humores negros y fétidos; tenía mucho hipo y sed muy molesta; en el día décimocuarto estaba privada del habla y le salió sangre por la nariz. Entonces falleció.

El anterior y elocuente relato hace ver que Hipócrates tuvo casi seguramente bajo su atención un caso de metroperitonitis puerperal.

Interesante es investigar lo que en México se sabía en este asunto. Tarea de paciencia bibliográfica será la que desenvuelvan los historiadores; y sólo diré que no me ha sido fácil consultar sino los seis raros volúmenes del periódico de la primitiva Academia de Medicina de México. Interesa consultar libros anteriores, como éstos, a los trabajos de Semmelweis. En el tomo tercero (año de 1838) el Dr. Villete de Terzé relata, sin comentarios, un caso de "peritonitis puerperal". En el mismo volumen se habla de flebitis uterina, de "accesiones de calosfrío, y de que a las cuatro de la tarde, la enferma, "sin convulsiones ni estertor, cesó de padecer". En el tomo cuarto se pueden ver dos casos de flebitis uterina sanada con tártaro emético, "el único capaz de hacer desaparecer el mal"; y otro de peritonitis puerperal curada con esencia de trementina *ad intus* y en fricciones en la piel del abdomen. Era el magno sentir de los predecesores, pero sin dejar de comprender su ánimo, simplemente diremos ahora: *¡o sancta simplicitas!* El volumen quinto (año de 1840)

contiene un relato anónimo y pormenorizado sobre los “retrocesos de leche”. El autor comienza por llamar a su escrito un “miserable trabajo”; y con el nombre de “derrame de leche” dice que se han confundido cuatro enfermedades distintas que afectan a las recién paridas: la flebitis uterina, la linfangitis, la flegmasia *alba dolens* y la *peritonitis*. Acepta el autor la opinión de Cruveilhier en cuanto a que se trata de inflamación peritoneal, o de los linfáticos del útero, y, a las veces, de las venas capilares que se abren en la cavidad de la víscera. Ocupase en etiología, y es lo ineresante, ya que puntualiza las maniobras imprudentes en el acto del parto; alude al parto prolongado, al frío (como se ve en Toluca y en Ixtlahuaca, agrega), y a retención de la placenta o coágulos. Se adhiere, en fin, a la idea de Junker: que la parida es semejante a una lesionada, quien por las causas más leves, puede ser víctima de la “fiebre inflamatoria”.

Juzgo de valor estos hechos, por el criterio que se tenía de las localizaciones anatomopatológicas, dado que por los cincuentas del siglo décimonono y en la muy afamada Academia de Medicina de París, los ilustres parteros Depaul, Dubois, Velpeau y otros de prosapia no lograban ponerse de acuerdo en lo atañante al sitio de las lesiones, si bien Hervez de Chégoïn decía: “el foco es la matriz. *Morbus totus ab útero procedit*”.

Se llegaba, en consecuencia, a una situación comprometedora, supuesto que en los servicios maternológicos de todo el mundo la morbilidad y la mortalidad por fiebre puerperal se mostraban alarmantes; y esta fiebre, cual misterio impenetrable para aquellos que transcurrían por difíciles trances de combatirla. Las mujeres que ingresaban en el servicio del servicio del profesor Klein, en la Maternidad de Viena, clamaban llorosas, dice Siebold, y “de rodillas” pedían que no se les internara en aquella sección de la Clínica. Tal situación predominaba cuando, con su reciente título de médico, Semmelweis entra en funciones, por el año de 1846, distinguido con el cargo de ayudante titular del catedrático citado.

Ignacio Felipe Semmelweis nació el 18 de julio de 1818 en la capital de la hoy infortunada Hungría, y había sustentado examen para graduarse el 4 de abril de 1844. Dos médicos de gran alcurnia en aulas y clínicas lo adiestraron en el conocimiento de la Anatomía Patológica: José Skoda, bohemio, notable por sus estudios de *percusión* y auscultación, y Carlos Rokitansky, también originario de la Bohemia. Grandes amigos y defensores confiadísimos de Semmelweis, fueron de opuestos caracteres: genial, modesto y sencillo Rokintansky, y “pragmático”, seco y pedante Skoda, cual afirma Garrison en su precioso libro de Historia de la Medicina. Se

adentraron, sin embargo, amistosamente, en el espíritu recto y exigente de Semmelweis.

No tengo el propósito de abordar, ni siquiera en conjunto, la interesante cuanto espinosa vida de Semmelweis, pues biografías de este hombre esclarecido se han publicado con pormenores amenos e interesantes; siendo de las últimas la de Theo Malade, traducida del alemán al castellano por el extinto médico madrileño Mateo Carreras; biografía muy atractiva y de rasgos novelescos: 'Semmelweis, el salvador de las madres' (*Der Retter der Mutter*); y la del francés Luis Fernando Céline: "La vida y la obra de Semmelweis", con breve prólogo que se abre con advertencia reveladora: "Esta es la terrible historia de Felipe Ignacio Semmelweis." Ocuparé mis páginas únicamente en un resumen atañiente al heroico descubrimiento de la *etiología séptica de la fiebre puerperal*.

La Clínica del profesor Klein se había dividido en dos secciones: la *primera*, a cargo del mismo Klein, destinada a la enseñanza obstétrica de los estudiantes de medicina, y la segunda, bajo el cuidado de Bartsch. La Maternidad de Viena, donde las clínicas estaban instaladas, se abrió en el año de 1784, y en treinta y ocho años la mortalidad se registraba con el 1.25 por ciento; pero desde el ingreso de Klein, en once años, hasta 1833, el promedio sube al 5.03 por ciento; y mientras la mortalidad causada por fiebre puerperal asciende pavorosamente, a la par que los estudiantes eran más numerosos, y sobrepasa de 6 y 7 por ciento, y aun alcanza la increíble proporción de 31.3 por ciento, entre 1841 y 1843, en la sección segunda descendía de tal manera, que en 1840 fué solamente de 2.6 por centena.

Atención cuidadosa sirvió para establecer estos hechos de rigurosa observación por parte de Semmelweis: 1º Que la mortalidad era tres veces menor en la Sección de Bartsch; 2º Que era mucho menor todavía en la policlínica; y 3º Que los alumbramientos espontáneos que ocurrían "en la calle" tenían, en general, secuela o puerperio favorable. No eran, por tanto, ni el "genio epidémico", ni los "miasmas" ni las "influencias cosmotelúricas" las causas positivas de la infección. Había circunstancias o condiciones comunes en las dos clínicas, y sólo un factor diferencial las distinguía: *la afluencia de los estudiantes de medicina*. Fundándose en este hecho de observación (rigurosamente comprobado y apreciado), Semmelweis establece su primera y lógica conclusión, de carácter general: *la causa que sostiene y desenvuelve la fiebre puerperal, es la presencia de los estudiantes*. Y bien: ¿por qué?... Entonces reflexionó en ciertos hechos que bajo su criterio fueron evidentes: que la mortalidad tuvo incremento entre los

años de 1822 a 1823, o sea el lapso en que los estudios de la moderna anatomía patológica atraían indispensablemente en los anfiteatros de cadáveres a los estudiantes; con la circunstancia desdichada de que pocas horas después, practicaban frecuentes exploraciones vaginales, con las manos impregnadas de olor putrefacto, en las infelices parturientas de la clínica primera. ¿No saldría, pues, el *veneno* del anfiteatro? Sentimos ahora sacrosanto horror al pensar en el hecho punible de ejecutar una palpación interna, sin previa desinfección de las manos y sin guantes asépticos, subsecuentemente a la necropsia de un cuerpo en putrefacción más o menos establecida. Entonces, bajo la ignorancia de la sepsis microbiana, era lo natural y lo más impecable, tal vez por aseo, como dicen los informes de aquellos años sombríos, un lavado cualquiera con agua y jabón, el cual, como tenía observado Semmelweis, no suprimía el olor cadavérico en las manos de los exploradores; y al no quedar suprimida la fetidez, agregaba, se debía a que, partículas del cadáver se adhieren en la piel. ¡Qué *partículas* sabemos ahora que son ellas!

Penosamente preocupado ante factores cuya acción etiológica no podía completamente conectar, emprendió un viaje de placer: escogió a Venecia, y en esa hermosa itálica ciudad tuvo las más bellas oportunidades de contemplar con ingenua admiración obras maestras que serán objeto de alabanza en todos los tiempos. Goza, por lo mismo, de un necesario descanso espiritual; retorna a Viena; y noticia funesta pero reveladora, que allí lo sobrecoge: su amigo y compañero de trabajos, Kolletschka, acaba de morir a consecuencia de *inofensivo* piquete anatómico. ¡Fué cuando tuvo la revelación de aquella *causa*, tan perseguida, como tan oculta...! Los resultados inmediatos de la herida sufrida por Kolletschka se tradujeron en linfangitis y flebitis, que terminaron con invasiones purulentas en la pleura y en el peritoneo, a más de pericarditis mortal. Las paridas, pensó a la vista y valoración del cuadro trágico, en doloroso contraste con las bellezas del arte pictórico y estatuario que le fué dable admirar en Venecia, "sucumben a las flebitis, linfangitis, pericarditis, peritonitis, meningitis, formándose metástasis" en el cuerpo invadido. La causa, entonces, de la muerte de su amigo, "no había sido la herida en sí misma, sino más bien su contacto con partículas cadavéricas;... y si la enfermedad de Kolletschka era idéntica... la de las paridas debía tener causa semejante". Y así se abrió el camino por el cual el conocimiento de esta "causa idéntica", condujo a Semmelweis a la meta de resultados satisfactorios y concluyentes. Mas no sólo pudo disfrutar de firmeza científica en

la adquisición de la verdad que esperaba, sino que su espíritu inquieto y preocupado entró en apetecible calma, desde el momento en que, según carta dirigida a Markusovsky, confesaba: "ya no puedo dormir, porque el sonido desesperante de la campanilla que precede al sacerdote con el Viático, ha entrado para siempre en la paz de mi alma". Se presenta ahora ante nuestros ojos, con evidencia conmovedora, lo siniestro de aquellas salas de los hospitales de antaño, verdaderas mansiones de la muerte, donde el "genio epidémico" descendía como el ángel exterminador e inmovible, adverso a los parteros ilústrs y ensombrecidos.

Las ideas de Semmelweis quedan expresadas en los términos siguientes: "La fiebre puerperal es una fiebre de reabsorción causada por la introducción en la economía de una substancia animal en descomposición. El primer *efecto* es la contaminación de la sangre, y sus consecuencias, exudados. No es un proceso morboso de las paridas exclusivamente, ni enfermedad específica, sino variedad de piohemia. No es dolencia contagiosa por *contagio especial*, como la viruela; es *infección debida a un agente externo*". "El *origen* del elemento séptico es el cadáver, y el *vehículo*, el dedo explorador, la mano del operador, los instrumentos, la ropa, las esponjas, las manos de las parteras, y todo lo que sea puesto en contacto con los órganos genitales de la mujer. El lugar de la infección es la superficie del útero, despojada de una porción de su mucosa, la mucosa lesionada del canal genital". Y así le fué dable fundar la profilaxis evitando "la introducción de todo principio séptico, neutralizándolo tan rápidamente como sea posible, cuando llegue al organismo: lociones cloruradas e inyecciones cloruradas". Y lo verdaderamente provechoso, es que tales estudios sirvieron de base al conocimiento de causas hasta entonces ignoradas sobre las infecciones quirúrgicas en general. De este modo se llegó a un progreso de incalculables horizontes. Pasteur vendría a puntualizar, al fin, las agresiones microbianas; Roberto Koch a enseñar preciosos medios de cultivo; Lister a formalizar la desinfección; habiéndose logrado en esta forma establecer en nuestros días, la *asepsia* y la *antisepsia* y el uso combinado de las sulfamidas y la penicilina salvadora. Pero Semmelweis, en justicia histórica, debemos declarar que estableció, el primero, la antisepsia en Obstetricia y la profilaxis de la infección.

Teniendo en cuenta, según lo dicho, que la infección proviene del exterior (aunque, por lo que informó Semmelweis, "en casos raros, el principio séptico está en lo interior del organismo, o *autoinfección*, que no siempre se puede evitar), y que es causada por el transporte del "vene-

no cadavérico" mediante el dedo de los estudiantes, exigió que, en *cualquier caso*, y no tan sólo después de estar en el anfiteatro, las manos de los asistentes a partos fuesen desinfectadas, y que la desinfección se extendiera aún a los instrumentos y a los objetos de curación, aparte de que las mujeres sanas quedasen separadas de las enfermas. Y efectos elocuentísimos: la mortalidad por fiebre puerperal descendió con rapidez ostensible. Mas "nunca dejará de ser vergüenza para Klein, según opinión de Henry Varnier, haber detenido el vuelo de Semmelweis, haciendo que retrocediera cuando menos veinte años uno de los adelantos más trascendentales del siglo".

Klein, en efecto, se levantó airado enemigo del tocólogo: quién sabe si por arraigada sujeción al dogma del "genio epidémico", o lo más probable, por haberse sentido en condiciones de inferioridad científica ante un simple ayudante de la Clínica. Así, desde los primeros informes sobre la etiología infectiva se inició la cruel adversidad para Semmelweis. Se le prohibía la cátedra, se le humillaba permitiéndole, es cierto, impartir enseñanza, con la expresa condición de que fuese teórica, y maniobras sólo en maniquí. Se vio precisado a dejar Viena, para instalarse en Pest, en cuya Maternidad de San Roque, como jefe honorario, logró que la mortalidad por fiebre puerperal descendiera a 0.85 por ciento.

Al comunicar sus primeras impresiones acerca de la etiología séptica, gana adeptos en Skoda y Rokitansky; el profesor Hébra lo ensalza; convencido, compara el descubrimiento con el de Jenner; Haller encomia los resultados adquiridos; y personalidades como las de Scanzoni y Kowisch condenan y vituperan a Semmelweis. Y en Gustavo Adolfo Michaëlis lo terrible inesperado: creyendo el notable partero cargar sobre la conciencia aquella muerte de una su prima, a quien asistió en el parto después de haber practicado él mismo una necropsia, no hallará más remedio seguro que arrojarle bajo las ruedas de un tren en marcha: en marcha hacia lo ignoto de las almas despavoridas. Tan penosamente, por la propia voluntad perturbada, dejó la vida aquel tocólogo germano cuyo recuerdo está en nosotros palpitante al explorar, en pelvimetría cotidiana, el llamado cuadrilátero obstétrico, o, más comúnmente, "rombo de Michaëlis". Las tragedias se coligan, y en discusiones de carácter científico se abordan límites de lo ridículo: creyendo, en efecto, lo dicho por un cronista de aquellos sucesos, en la Academia de Medicina de Viena, el acaloramiento en los debates, en momentos en que la teoría de la infec-

ción se presentaba en contraste con la influencia del "genio epidémico", los austeros y sabios académicos dieron curiosas exhibiciones de "pugilato".

"Médico ilustre" —dice Theo Malade— "y filántropo tan eminente, varón tan bien dotado por Dios para percibir y para inquirir, no poseía iguales dotes para transmitir a los demás mortales lo por él averiguado, haciéndolo así fructífero. Enamorado en demasía de sus propias ideas y demasiado creyente en la intrínseca eficacia de las mismas, toda momentánea quiebra o toda dificultad transitoria destrozaban su eréctil sensibilidad y provocaron, a la larga, el desplome trágico e irremediable".

Se le combatía porque sus adversarios mal comprendieron y tergiversaban la teoría y la realidad de los hechos, que científicamente pudo demostrar; se le impugnaba por un motivo paralógico en el sentido de que Semmelweis puntualizó como único agente el "veneno cadavérico"; y lo atacaban hasta por candorosas razones, como la de que, en vez de escribir en alemán, había publicado sus trabajos en idioma húngaro. Mas él decía: "Mi recompensa está en la convicción de haber fundado una doctrina sobre la verdad prepotente."

Los relatos que conozco de la vida de Semmelweis se concretan a hechos; pero en ninguno se intenta elucidar rasgos peculiares al espíritu del afanoso y violento investigador. Debe comprenderse que la determinación del biotipo, tarea es de gente idónea; de manera que empeños tan delicados no alcanzan anchura en mis conocimientos. La figura de Semmelweis, que pertenece por entero a la Historia de la Medicina, requiere doble estudio psicológico y psiquiátrico; sin que se olvide que diagnósticos retrospectivos suelen resultar curiosos, erróneos o extravagantes, si hipertrofian los sentimientos y la acción, o al contrario, los amenguan. El diagnóstico retrospectivo interesa, tal vez, en cuanto a perturbaciones que un solo individuo es capaz de producir en el curso de la Historia. Puede alguna ley cualquiera perjudicar a generaciones, si esa ley fué inspirada por un paralítico general, un esquizofrénico, o un deficiente mental. Lo sabemos perfectamente, y entonces repetiremos lo que solía decir Sor Juana Inés de la Cruz: "y así sería" . . .

Es indudable que los infortunios de nuestro Semmelweis provenían de factores dobles: los ajenos y los propios; y aquéllos, independientes de su voluntad, que se sumaron en las discolerías de sus adversarios; y éstos, absolutamente ligados a su persona. ¿Y qué sabemos? El médico alemán José Löbel ha escrito amena biografía, a los alcances de todos, de Roberto Koch: "Historia de un médico afortunado". Nosotros diría-

mos de Semmelweis precisamente lo correlativo: "Historia de un médico infortunado". Pero Koch fué varón de una serenidad pasmosa y firme; mientras el otro se caracterizaba por inauditas violencias de carácter. Semmelweis poseía una verdadera *personalidad psicopática*; e ignoramos si esto sería por haber nacido con singular constitución anormal, de fondo nervioso, predispuesto, o si en el transcurso de su juventud algún germen de tropismo córticocerebral cambió el curso de su vida. De creer que *il huomo di genio* es producto de psicopatías, el descubrimiento de la etiología séptica de la fiebre puerperal sería efecto de excitaciones neuronales, que iluminaron con absoluta luz de la observación a un médico estudioso, cuyo descubrimiento trajo dicha y alivio a la humanidad.

Un conocido psicólogo y psiquiatra, Ingenieros, dice: que "así como en medicina no hay enfermedades, sino enfermos, en psicología no hay humanidad, sino hombres". Diríamos actualmente: sólo biotipos (irritables, torpes, estables, simpácticotónicos, hipergenitales, hipersuprarrenálicos, volitivos, taquipsíquicos, etc.) Visto a la luz de moderno pensar, Felipe Ignacio perteneció, como hombre de ciencia, en el orden psicológico, al grupo que llama Spranger del *Homo theoréticus*, dado que en él predominaba la "actitud cognoscitiva como decisiva unilateralidad"; tipo de hombre cuyo principal sentido es la objetividad, la conquista de lo pragmático. La universal validez de la verdad es lo que une con los demás al *Homo theoréticus*, dice Spranger; y donde éste "encuentra comprensión para la orientación valorativa, allí se adhiere". Pero si no la encuentra en absoluto, o la obtiene parcialmente, creo que sobreviene el choque inevitable. Quizá dependa el efecto de la preponderancia ya de la inteligencia, ya de la acción, ya de las *emociones*, o de combinaciones de unos factores con los otros. Porque, según lo que se tiene averiguado, en una misma personalidad pueden sumarse varios tipos de subdivisión.

A mayor abundamiento, si juzgáramos su modo en tales direcciones, diríamos, al recordar que psicólogos de ahora restablecen —Maurice Periot, por ejemplo— la clasificación humoral de los tipos humanos, Semmelweis quedaría en la serie de los biliosos. (Ya desde Hipócrates la "atrabilis" tenía acción preponderante, diremos por simple cita de historia). Tendría Semmelweis, en efecto, a "traducir en fines prácticos su energía psíquica". Las hipótesis del bilioso, opina Periot, deben terminar en certidumbre, en verdades que debemos explotar, en herejías que debemos destruir." Los biliosos "son tipos mentales, de alma dominadora"; y "una vez lanzados a la investigación, no la abandonan hasta llegar al resultado final", piensa

el autor mencionado." "Quieren ver logrado el éxito de sus teorías". "Son jefes de escuela, tienen alma de jefe; fijan directivas; pero necesitan colaboradores que los comprendan en su peculiar egoísmo derivado de aquella certidumbre que lograron conquistar". Sus verdades deben ser "reconocidas por todos los hombres". Y merced a tales circunstancias, pueden ser presa de rencores y otras pasiones adversas, que los apartan hacia el obscuro recinto de los antisociales. Tal Semmelweis, como dió pruebas patológicas de ello. Se sintió feliz cuando comprendió que sus observaciones en la Clínica lo habían conducido no tan sólo a hipótesis plausibles, sino a verdades que la experiencia confirmaba; sustentó anhelos legítimos, y esperaba que, *némine discrepante*, aquellas verdades encontrarán acogida; su entusiasmo decayó ante la propaganda contraria de Klein; y al fin, claudicando de una decepción a la otra, el horrible pesimismo lo condujo a lo hipertrófico de la idea: a la anormal y funestísima *obsesión*. Se trueca, entonces, en agresivo, y airosamente proclama: que la luz hace lo que debe sin cuidarse de las explicaciones que de ella den los físicos; y la fiebre puerperal tampoco depende de las explicaciones de los médicos". Pero "mi descubrimiento ¡ay! está supeñitado a los parteros; y es decirlo todo" . . . (Ya desde hace cien años un partero pensaba mal de los otros . . .) "Contra ellos", —estallaba en una exclamación de irresistible enojo— "me rebelo como adversario resuelto, como hay que levantarse contra los ejecutores de un crimen. Para mí no hay que tratarlos más que como asesinos. ¡Y todos los que tengan bien puesto el corazón pensarán como yo! No es necesario cerrar las maternidades para evitar las epidemias, sino destituir de ellas a todos los parteros, pues éstos son la verdadera epidemia" . . . Y se dirige públicamente a los padres de familia diciéndoles: "¿sabes lo que significa llamar a la cabecera de tu mujer a un médico o a una partera? Que le haces correr voluntariamente peligros mortales, muy fáciles de evitar." Proceder que traduce el hecho lamentable de que se había convertido en casi peligroso individuo antisocial.

Su última carta a Siebold es digna de mención y de recuerdo en algunas de sus líneas. "Recuerdo con placer" —dícele en ella— "aquel tiempo que pasamos juntos en Pest, de donde vienen mis mejores remembranzas; aunque los gemidos de las paridas que morían de fiebre puerperal acallaban mi corazón; y a pesar de que lo siento herido, debo razonablemente procurar que la verdad se imponga. Os ruego la busquéis, lo cual dará tranquilidad al alma vuestra . . . La alegre cara de las paridas y la soledad de vuestro anfiteatro serán la recompensa más agradable". No

obtuvo respuesta; pero fué que Siebold escribía las últimas páginas de su interesante autobiografía, casi en vísperas de morir.

Regresó después a Viena; pero no fué con ánimo de estudios o en viaje de placer, sino para ocupar en el manicomio el sitio reservado a los que padecen perturbaciones mentales. Había dado, ciertamente, penosas pruebas de ello; y en su exaltación delirante e irreductible, tuvo que sufrir la estrechez ofensiva de la camisa de fuerza. Tenía delirio de persecución, y también pasaba por crisis de melancolía. Naturalmente, cual ocurre en perturbaciones de este género, gozaba de largos periodos de calma; y al estallar en delirio furioso, se dirige al anfiteatro de Anatomía; apodérase de un escalpelo, húndelo en cadáver, parece que de recién nacido, se hiere un dedo, se inicia la infección inevitable, y acaba delirando, presa de la meningitis. El día 13 de agosto de 1865 yace en el depósito mortuorio del profesor Rokitsansky, en donde se dicta el informe que sigue en estas líneas: "La causa de la muerte es un envenenamiento de la sangre, el cual procede de una herida infectada de la mano derecha, con invasión consecutiva del tejido celular del brazo del mismo lado, y con focos purulentos propagados a la musculatura pectoral derecha, e irrupción del pus en la cavidad torácica." Si en esos tiempos la histología hubiera dispuesto de recursos apropiados de inquisición, sabríamos ahora qué lesiones crónicas estaban localizadas en las meninges y en la corteza cerebral. Virchow, el eximio antropólogo, y uno de los fundadores de la Anatomía Patológica, pudo haber dicho algo; pero Virchow fué uno de sus impugnadores, si bien no de los encarnizados y movidos de insana pasión.

Su inquieto y angustiado espíritu había sufrido los tormentos de la incredulidad y aquellos adversarios que, tenazmente adheridos al dogma, lo persiguieron. Era un revolucionario que se sintió defraudado y combatido. Y la enorme *verdad* que había descubierto se realizaba en él mismo con toda la crueldad de las agresiones que parecen obra de predestinados al infortunio.

Ya en esos años había pasado a lo histórico el célebre debate que los sabios tocólogos, cirujanos e internistas franceses sostuvieron con ahinco en la Academia de Medicina de París. El partero Dubois dijo entonces: Semmelweis, como quizás se recuerde, provocó violentas polémicas en los centros obstétricos, tanto en Austria como en otros países; pero su teoría ha sido completamente abandonada hasta en la escuela donde la profesaban. Y el Dr. Aubert, al comunicar su estudio de filosofía médica, manifestaba, respecto a los trece académicos que sostuvieron la primera discusión (entre

los que se anotan egregios nombres: Cruveilhier, Trousseau, Dubois, Bouillaud, Velpeau, Guérin), que se distribuyen, sobre aquello que concierne a etiología y anatomía patológica de la infección puerperal, en esencialistas, semiesencialistas, esencialistas sin quererlo, esencialistas sin saberlo, localizadores absolutos, semilocalizadores, cuarto de localizadores, localizadores con tendencia a la esencialización, esencialistas con amor a la localización, especificistas, tipistas, traumatistas, neotraumatistas. Dijo que "faltaba la brújula en ese mar agitado y lleno de arrecifes". ¡Realmente... faltaba la brújula, y el señor Auber, al distribuir trece polemistas en una curiosa nomenclatura de trece aspectos filosóficos, introducía irónicamente lo ridículo en lo trágico! La verdad es que se lucubró demasiado para ver de definir qué fiebre es la puerperal: si está localizada en el útero (a pesar de que Hipócrates ya lo aceptaba), o es angiosténica, meningogástrica, adenomenígea, adinámica, o cuál, según las desorientadas teorías que aherrrojaban al espíritu de entonces en estrechez dogmática, irreducible.

Lo histórico exige imparcialidad, verdad y justicia; y debe reconocerse que Wendel Holmes, en Boston, ya sostenía en 1834 el contagio de la fiebre puerperal, la que, por lo menos en su forma epidémica, podía atribuirse a falta de precauciones por parte del médico o la comadrona. Pero los llamados contagionistas de aquellos años precursores no habían logrado precisar el *cómo* de la transmisión; mientras que Semmelweis, merced a su lógica observación, pudo descubrir el camino de las invasiones sépticas y el modo peculiar de dicha transmisión. Por este motivo, en la actualidad, se procura parquedad en las exploraciones internas; o dijéramos: *como si nuestros dedos fuesen dirigidos por Semmelweis*. El empleo del cloruro de cal ya era aconsejado en 1827 por Tomás Alcock; pero a partir del descubrimiento de Semmelweis, ese empleo profiláctico dejó de ser empírico, para trocarse en racional.

Resulta, por lo que decimos, que Semmelweis es el verdadero fundador de las ideas sobre la etiología séptica de la fiebre puerperal; y del empleo profiláctico de una substancia que ahora llamamos *antiséptica*, un práctico ejecutor e iniciador.

El valor incontrastable que brilla en sus estudios está en la ardiente fe y la enérgica defensa que el gran médico húngaro desplegaba en contra de sus adversarios. Fué, sin embargo, vencido, porque la reciedumbre de su carácter no era para complacencias, concesiones ni simulaciones. De aquí su tragedia. Los apasionados impugnadores, movidos al principio

por Klein, vulneraban la verdad científica. Pero la verdad se impone, "la verdad siempre vence"; y en las circunstancias peculiares a Semmelweis es inconcuso que la observación de los hechos se sujetaba felizmente, desde el punto de vista lógico, al método clásico de la observación y la experiencia; habiéndose aplicado, con rigor, el método de las variaciones concomitantes; de modo que, al fin y como dichoso coronamiento del trabajo, quedaba establecida la conexión de factores en satisfactoria *sucesión causal*. En otras palabras: la *inferencia fué correcta*; y si los adversarios hubieran sabido aplicar el canon de aquel método de los residuos, tan provechoso en la investigación de fenómenos positivos, no habrían combatido a Semmelweis con el argumento de que, según este notable observador, el único factor etiológico era el *veneno cadavérico*; supuesto que en dicho método, si hay algo restante que no se explica, será consecuencia o efecto de antecedentes que quedan por esclarecer. Quizás por tal motivo, el clínico se lamentaba de que sus ideas habían sido "tergiversadas". Practicó experimentos en animales; pero su sola observación clínica tiene el grado sumo de un experimento de laboratorio. Con su perspicacia triunfó la Lógica.

Débese gratitud o Semmelweis, y también admiración por la perspicacia que lo guió en sus trabajos, y por la ética a la cual sujetaba sus acciones. Su carácter, lo que en psicología llaman "carácter", no sería fácil determinarlo, ya que este aspecto espiritual del hombre está sujeto a mil interpretaciones, hipótesis y teorías; pero de admitir en él un rasgo predominante, sería, sin duda, el *estado afectivo*. Estaba persuadido de su verdad, pero muchos lo contrariaban; y en estas circunstancias, se comprende su ruina tan dolorosa hasta la obsesión probablemente. Así nos resulta una víctima de sus enemigos, especie de mártir de la ciencia, a la vez que, visto por lo romántico, apóstol en el amor a la Humanidad. Merece su memoria nuestro aplauso, y su historia ingente una vindicación.

Me he honrado al proponer, y en esta oportunidad ratifico mis deseos, que la H. Academia de Medicina sea bien servida de invitar a las maternidades de México a colocar en sitio privilegiado el retrato de Felipe Ignacio Semmelweis, "el salvador de las madres".